

El canto del agua

El cielo estaba lleno de nubes bajas cuando Laira despertó. El murmullo del mar la había despertado. No era un sonido cualquiera; era una melodía suave y antigua, como si el agua le hablara. Su madre solía decir que, si uno prestaba atención, podía escuchar los susurros de los espíritus en las olas. Esa mañana, con once inviernos, Laira sintió que esa melodía era solo para ella.

Su padre ya preparaba la canoa. Era ligera, construida con corteza y paciencia, como lo habían hecho sus ancestros. Iban a cambiar de isla, como siempre. Los Kawésqar no vivían en un solo lugar: el mar era su casa, las corrientes sus caminos y las islas cubiertas de bosque, su refugio. Recogieron lo justo: redes, comida, herramientas. Vivir en movimiento era vivir liviano.

Durante el viaje, Laira se sentó adelante, con el rostro al viento. Miraba el agua, que brillaba entre azul y gris, y pensaba en Xolas y en espíritus que no eran como los dioses de los misioneros que llegaban con barcos y libros. Ellos estaban en todas partes: en el viento, en los ojos de los animales, en las piedras del fondo del mar, aunque no los pudiera nombrar.

Esa tarde, al llegar a una nueva isla, buscaron un sitio protegido, armaron el refugio y salieron a recolectar mariscos. Laira se alejó un poco, como solía hacer. Le gustaba caminar por la orilla, entre algas y rocas mojadas, mirando todo como si fuera la primera vez.

Entonces la vio. Un ave quieta sobre una roca, con los ojos del color del agua antes de la tormenta. No huyó, la miró. Alzó el vuelo lentamente, como si quisiera que la siguiera. Laira, sin pensarlo, fue tras ella, entrando a un pequeño sendero entre árboles. No era muy profundo, pero el aire era denso y olía a tierra mojada.

Al poco andar, encontró una piedra distinta. No era una roca cualquiera. Tenía marcas: espirales, líneas, dibujos que no entendía, pero que la hacían sentir algo fuerte. Se sentó frente a ella, en silencio. No sabía por qué, pero sentía que debía quedarse ahí. Entonces lo sintió: una calma honda, como si el tiempo se hiciera más lento.

Recordó lo que decía su abuelo Yekayin: "Cuando el agua canta, escucha. Ahí está la memoria." Y escuchó. No solo el mar, también el viento entre los árboles, el crujido de las ramas, y un eco suave de algo más antiguo. No eran palabras, pero tampoco solo sonidos. Era como si todo le hablara sin hablar...

Francisco Bascur Fernández